

José Vasconcelos y Manuel Gómez Morín: afinidades y desacuerdos

JAVIER GARCIADIEGO

Características y filiaciones

José Vasconcelos y Manuel Gómez Morín fueron mexicanos excepcionales que compartieron cualidades, intereses y esfuerzos. Ambos destacaron en las esferas cultural y política; el segundo de ellos lo hizo también en el área financiera. Sus diferencias fueron, asimismo, numerosas y notorias. Sus "simpatías" y "diferencias" se reflejaron y repitieron entre sus amigos y compañeros. Separados tan sólo por una brecha generacional, Vasconcelos, nacido en 1882 y llegado a la edad adulta con el declive del porfiriato, fue miembro protagónico del Ateneo de la Juventud, grupo surgido en las postrimerías del porfiriato en demanda de una reorientación educativa y cultural.¹

Gómez Morín, venido al mundo en 1897 y testigo de los años más violentos de la Revolución mexicana, fue uno de los Siete Sabios, grupo caracterizado por sus afanes y preocupaciones sobre la redefinición del país y su reconstrucción posrevolucionaria.² El propio Gómez Morín fijó las diferencias entre ambos grupos, al señalar que los ateneístas se halla-

ban "demasiado intelectualizados" y "alejados de la vida mexicana"; además, su lucha contra el positivismo los había vuelto humanistas anticientíficos, por lo que habían podido sembrar inquietudes pero carecían de la "técnica" imprescindible para cooperar en la urgente reconstrucción nacional.³

Las diferencias deben ser matizadas. El mismo Gómez Morín admitió que la excepción entre los ateneístas en cuanto a compromiso y dedicación a los problemas nacionales fue José Vasconcelos, quien con la colaboración de algunos otros intentó reformar el Ateneo en 1912. El objetivo de Vasconcelos era adaptarlo a la nueva situación sociopolítica nacional: si era un grupo intelectual de elite, ahora tendría que asumir alguna responsabilidad social, mediante labores de divulgación entre las clases populares: el resultado fue la creación de la Universidad Popular.⁴

No fue casualidad que, precisamente, esa institución sirviera de punto de contacto y continuidad entre los ateneístas y los Siete Sabios, pues varios comenzaron en ella sus actividades docentes. A diferencia de sus compañeros, Gómez Morín tuvo una relación reducida y tardía con los ateneístas. Originario de Chihuahua, aunque radicado en León, Guanajuato, llegó a la Ciudad de México a finales de 1913, a poco de que varios de los más importantes ateneístas abandonaran el país, como Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña y Jesús Acevedo, o se incorporaran a la Revolución, como José Vasconcelos, Alberto J. Pani y Martín Luis Guzmán. Apenas pudo Gómez Morín conocer a la distancia a Vasconcelos

* Agradezco a Begoña Hernández su invaluable ayuda.

¹ La fuente original para su indagación sigue siendo la de Juan Hernández Luna (comp.), *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, UNAM, México, 1962. Uno de los primeros estudios sobre el tema fue el de José Rojas Garcidueñas, *El Ateneo de la Juventud y la Revolución*, INEHRM, México, 1979. Un examen reciente es el de Alfonso García Morales, *El Ateneo de México (1906-1914)*, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, Sevilla, 1992. Actualmente, varios colegas tienen en el Ateneo uno de sus temas predilectos; entre otros, Fernando Curiel, Álvaro Matute y Susana Quintanilla.

² Véase Luis Calderón, *Los Siete Sabios de México*, Jus, México, 1961. También el ya "clásico" estudio de Enrique Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución mexicana*, Siglo XXI, México, 1976. En su versión original, como tesis doctoral en historia para El Colegio de México, tenía un título más preciso e ilustrativo: *Los siete sobre México*.

³ Manuel Gómez Morín, 1915 y otros ensayos, Jus, México, 1973, pp. 19 y 32.

⁴ John S. Innes, "The Universidad Popular Mexicana", en *The Americas*, julio de 1973.

durante su efímero paso por la dirección de la Escuela Nacional Preparatoria, cuando se acercó a pedirle apoyo financiero para la publicación de un periódico estudiantil.⁵ Si bien Vasconcelos vivió exiliado de 1915 a 1920, periodo en que Gómez Morín se dedicó a estudiar en la Escuela de Jurisprudencia, éste y el resto del grupo leían su obra con devoción, pues lo consideraban un “valor indiscutible de nuestra cultura” y lo reconocían como uno de los pensadores que formaron “el espíritu” de su generación.⁶

El maestro y el colaborador

El derrocamiento de Venustiano Carranza a manos de los sonorenses permitió a Vasconcelos retornar al país. Su regreso fue catártico: primero reanimó, desde la rectoría, a la Universidad Nacional, que llevaba años de letargo y de angustiosa y peligrosa indefinición; posteriormente creó la Secretaría de Educación Pública y le dio gran impulso, pues consideraba que la instrucción impartida por el gobierno y la redefinición cultural eran objetivos esenciales del proceso revolucionario.⁷ Gómez Morín también se benefició de la llegada de los sonorenses al poder, ya que era un cercano colaborador de Salvador Alvarado y luego lo fue de Adolfo de la Huerta, secretario de Hacienda durante la presidencia de Obregón. Afín a Vasconcelos por ser de provincia y católico y por concebir la Revolución como mecanismo constructivo, educativo, cultural y moral, Gómez Morín fue uno de los voluntarios de la cruzada alfabetizadora animada por Vasconcelos.⁸

⁵ Alfonso Taracena, no siempre confiable, asegura que Gómez Morín y Lucio Mendieta y Núñez fueron los comisionados para entrevistarse con Vasconcelos, quien les dio su ayuda a título personal —veinte pesos “bilimbiques”—. El periódico en cuestión se titularía *La Raza*, pero nunca apareció. Cfr. Alfonso Taracena, *José Vasconcelos*, Porrúa, México, 1982, p. 15. Alfonso Taracena, *La verdadera Revolución mexicana. Tercera etapa (1914-1915)*, Jus, México, 1962, p. 131.

⁶ Carta de Teófilo Olea y Leyva a José Vasconcelos, 21 de junio de 1933, en Archivo Manuel Gómez Morín, sección personal/correspondencia particular. Agradezco a la Fundación Cultural Manuel Gómez Morín, y muy en especial a Elena y Mauricio, las facilidades brindadas para consultar el espléndido archivo de don Manuel (en adelante sólo consignaré los números del volumen y del expediente).

⁷ Respecto a la vida de la Universidad Nacional entre 1910 y 1920, véase Javier Garciadiego, *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución mexicana*, El Colegio de México/UNAM, México, 1996. Para la labor educativa de Vasconcelos, véase Claude Fell, *José Vasconcelos. Los años del águila (1920-1925)*, UNAM, México, 1986.

⁸ Vol. 561, exp. 1766. El vasconcelismo permeaba la vida familiar: su madre, Concepción Morín viuda de Gómez, también colaboró en aquella cruzada educativa. Cfr. *Boletín de la Universidad*, t. 1, núm. 2, 1920, p. 35.

Cuando, a mediados de 1922, Gómez Morín tuvo que dejar sus labores financieras, tuvo la oportunidad de trabajar con Vasconcelos, quien lo invitó a aceptar la dirección de la Escuela de Jurisprudencia, cargo que desempeñó hasta finales de 1924. Gómez Morín resultó un espléndido colaborador.⁹ Obviamente, había una afinidad en el aspecto político: ante la disyuntiva de la sucesión presidencial de 1924, ambos simpatizaron con la opción encabezada por Adolfo de la Huerta, pues lo consideraban más respetuoso que Obregón y Calles de “los principios democráticos” y de “las normas morales”.¹⁰

Desligados ambos del medio educativo y universitario, y derrotado y desarticulado el grupo político de sus preferencias, se dedicaron a la vida profesional y al periodismo de oposición y crítica, con el objetivo no de oponerse al proceso revolucionario, sino de reorientarlo y “purificarlo”.¹¹ Gómez Morín se dedicó a apoyar a Vasconcelos en la publicación del semanario *La Antorcha*, aparecido en octubre de 1924. Luego de que Vasconcelos abandonara el país, a mediados de 1925, Gómez Morín y otros compañeros acordaron continuar la publicación del semanario, aunque la suspensión de la publicidad gubernamental generó una crisis financiera que tornó breve esa etapa de *La Antorcha*.¹² Así acabó ese momento de colaboración entre algunos ateneístas y buena parte de los Siete Sabios y de sus principales allegados. Un par de años después la colaboración se reactivaría en un movimiento político intenso y dramático.

Distanciamiento creciente

Aunque durante largo tiempo Gómez Morín siguió reconociendo a Vasconcelos como el único capaz de ser “guía moral”

⁹ Gómez Morín intentó crear una licenciatura en ciencias sociales, estructurada a partir de materias de economía, política y sociología, puesto que se requería de administradores y políticos profesionales para la reconstrucción nacional, proyecto que no fructificó en buena medida por la falta de comprensión y apoyo de Vasconcelos. Es indudable que diferían sus proyectos educativos: mientras que Vasconcelos prefería una educación humanista, Gómez Morín abogaba por una educación práctica y “técnica”. Cfr. Javier Garciadiego, “Manuel Gómez Morín en los ‘veintes’”, en VV. AA., *El Banco de México en la reconstrucción económica nacional*, México, Jus, 1996, pp. 35-69.

¹⁰ Vol. 562, exp. 1772. Archivo Histórico de la UNAM, Fondo Sección Personal, exp. 739, ff. 121-124.

¹¹ El mejor estudio sobre el pensamiento y la acción del joven Gómez Morín sigue siendo el de Enrique Krauze. Véase un lúcido análisis de sus críticas a la Revolución mexicana, en *op. cit.*, pp. 193-204.

¹² Algunos de los otros jóvenes involucrados en el intento eran Samuel Ramos, Daniel Cosío Villegas, Alberto Vázquez del Mercado, Vicente Lombardo Toledano, Narciso Bassols y Alfonso Teja Zabre. Cfr. vol. 428, exp. 1402; vol. 574, exp. 1829; vol. 589, exp. 1976.

de los mexicanos,¹³ el alejamiento no se redujo a su distancia física. Las crecientes diferencias tuvieron su origen en la percepción y la relación de Gómez Morín respecto al gobierno de Calles, tan execrado como incomprendido por Vasconcelos. Sucedió que, contra lo previsto por los delahuertistas y demás enemigos de Calles, éste fue un presidente de ánimo reconstructor e institucional. Así, por invitación de Alberto J. Pani, también odiado por Vasconcelos, Gómez Morín pudo participar activamente en la realización de un proyecto que consideraba vital e impostergable: la creación de un organismo financiero “central”: el Banco de México. Como sucedería en otras ocasiones, en Gómez Morín predominó su afán de servicio público y su conciencia cívica sobre su lealtad a un determinado grupo político.

La diferencia es insoslayable: mientras uno estaba exiliado y amargado por la interrupción e inminente modificación de su labor educativa, el otro comenzaba una etapa de optimismo creador. En un principio Vasconcelos aceptó esa decisión de Gómez Morín, porque la consideró una situación “merecida” y le serviría para adquirir experiencia.¹⁴ Sin embargo, desde entonces surgió entre ellos una divergencia profunda, a partir de sus distintas concepciones sobre las responsabilidades cívicas y el quehacer político. El contacto de Vasconcelos con el país pasó a ser tema de su artículo periodístico semanal en *El Universal*,¹⁵ que a Gómez Morín comenzó a parecerle “panfletario”. Según éste, lo que entonces se necesitaba era “una seria comprensión técnica de los problemas” que aquejaban al país, para resolverlos no con una lucha política sino mediante una obra de “ingeniería política y social”. El peor riesgo —que Gómez Morín le hizo saber sinceramente— era que se dedicara a luchas políticas “de menor cuantía”, vinculadas a los odios, ilusiones y ambiciones de los exiliados y emigrados, siempre de psicología “correosamente romántica”. Gómez Morín lo reconocía y admiraba su “impulso de acción”; sin embargo, le advertía que, de no encauzar dicho impulso con un programa cabal, inevitablemente terminaría “en agitación temporal y sin trascendencia”.¹⁶

Gómez Morín estaba convencido de que su postura no era claudicante, y menos aún cobarde o deshonesto. Simple-

mente, se reconocía partidario del “mejorismo”, definible como la confianza “en la posibilidad de ir lenta y continuamente cambiando las cosas malas ..., alegrándose de cualquier éxito y padeciendo horriblemente cuando fracasa una buena idea”.¹⁷ De seguro pensaba, por un lado, en el Banco de México; por el otro, en la labor educativa vasconcelista. Su deseo era que se multiplicaran los logros y avances y se redujeran las derrotas y los descabros. Discutir sobre las posibilidades del “mejorismo” fue asunto fundamental durante aquellos días, sobre todo cuando su amigo Miguel Palacios Macedo rechazó su argumento: “no más mejorismo —le dijo—, no más píldoras, no más remiendos. Hay que acabar con la terapéutica del parche”. La crítica de Palacios Macedo era demoledora, pues lo conminaba a abandonar la moral del “grano de arena”, “buena para las hormigas”, pero no para los mexicanos, pues cada grano “será siempre una contribución más para el lodazal”.¹⁸

A su rechazo al “mejorismo” se sumó su clamor por “un mártir”. La respuesta de Gómez Morín ratificó las diferencias que los separaban: antes el “mejorismo” que el “sacrificio estéril”; además, antes que uno o muchos mártires, lo que se necesitaba eran “discípulos conscientes”. Estas diferencias ideológicas y estratégicas provocaron un rápido encuentro en Nueva York, hacia 1925, entre Vasconcelos y Gómez Morín. Aquél reclamó a don Manuel su colaboración con el gobierno de Calles. La polémica concluyó en forma contundente y agresiva, cuando el antiguo colaborador reclamó al maestro que estuviera desperdiciando su valor moral y político.¹⁹

Nuevo “santaannismo”

En 1927, Obregón logró que se aceptara la reelección presidencial, pero provocó la reacción de varias tendencias y grupos antirreeleccionistas.²⁰ Vasconcelos, todavía exiliado, no encabezó ninguna de ellas, si bien su oposición fue estentórea. Desde un principio anunció que regresaría al país a “cumplir con el deber” de combatir dicha reelección, la que

¹³ Cartas de Gómez Morín a Vasconcelos, 3 de noviembre de 1925 y 10 de junio de 1926, en vol. 589, exp. 1976. (Dado que en este expediente se encuentra la correspondencia entre ambos, a partir de ahora sólo se citarán las fechas de las misivas sin repetir su ubicación topográfica.)

¹⁴ Cartas de Vasconcelos a Gómez Morín, 9 de octubre de 1925 y 2 de abril de 1926.

¹⁵ La producción hemerográfica de Vasconcelos, catalogada cronológicamente, en *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público*, núm. 311, 15 de enero de 1965.

¹⁶ Carta de Gómez Morín a Vasconcelos, 21 de agosto de 1926.

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ Carta de Miguel Palacios Macedo a Gómez Morín, 26 de agosto de 1926, vol. 272, exp. 933.

¹⁹ Carta de Vasconcelos a Gómez Morín, 16 de septiembre; de este último a aquél, 8 de octubre de 1926.

²⁰ Para analizar la situación política de aquellos momentos, véase John W. F. Dulles, *Ayer en México. Una crónica de la Revolución, 1919-1936*, FCE, México, 1977. Véase también Jean Meyer, *Estado y sociedad con Calles*, El Colegio de México, México, 1977, pp. 123-151 (t. 11 de la *Historia de la Revolución mexicana*).



le pareció una amenaza de retroceso hasta el “santaannismo”.²¹ Gómez Morín, en cambio, dedicó las últimas semanas de 1926 y las primeras de 1927 a concluir un ensayo que tituló *1915*, en el que definía el perfil de su generación, le encomendaba una tarea y le asignaba un instrumento para triunfar en su misión.²²

Vasconcelos lo felicitó con frialdad por su inminente publicación, pero agresivamente le recordó que las ideas, para ser valiosas y rebasar el ámbito del cenáculo, “tienen que estar acompañadas de actitudes definidas” y de “ejemplos concretos”. En lugar de sugerencias para mejorar su escrito, le hizo reclamos históricos y políticos: si realmente son miembros de una generación “eje”, “hagan girar los sucesos”. La advertencia era clara: de no tomar “una actitud más resuelta pasarán sin dejar huella”; la acusación era grave: son un grupo “que se tapó las orejas para no oír el clamor del instante. No han sido rebeldes”. Vasconcelos les reconocía mucho talento, pero “nunca he podido verles lo revolucionario”. Adelantándose a la réplica, Vasconcelos dijo a Gómez Morín que su postura, más que radical, apasionada o provocada por el despecho, era simplemente decencia en

busca de higiene: “los presidiarios al presidio y después todo lo que quieran de teoría”. Vasconcelos concluyó su reclamo con una dolorosa ironía: ¿cómo podía esperar que predominara la “técnica” en un gobierno de “analfabetas”?²³

Gómez Morín justificó su inactividad con la falta de alternativas confiables, pues hasta ese momento sólo se habían movilizado en el país “bandos de tendencias iguales y de nombre precario”. Las diferencias no eran sólo de personalidad aunque éstas fueran abismales: sus nociones de “actitud”, “acción” y “ejemplaridad” eran diametralmente

opuestas. Además, si bien Gómez Morín era un mejor analista de las realidades políticas concretas, Vasconcelos era un auténtico profeta. La negativa de aquél a involucrarse en el antirreeleccionismo de 1927 fue vista como prueba de ambigüedad o de cobardía, aunque en verdad se debió a su diagnóstico de la situación y de las verdaderas necesidades del país: mientras él creía que la movilización que se iniciaba era “apasionante” en la superficie pero carente de “valor definitivo”, Vasconcelos la juzgó, apresurada e ingenuamente, como un renacimiento de la lucha maderista, lo que obligaba a todos a apoyar tal lucha en el caso de que se postulara a un candidato “civil decente”.²⁴

Si Vasconcelos y Gómez Morín habían diferido respecto al diagnóstico y al quehacer político aun sin haber una propuesta de acción que los obligara a definirse, cuando ésta apareció en el horizonte se ahondaron sus diferencias. A mediados de 1927, ante las insatisfactorias cualidades de quienes se mencionaban como probables candidatos antirreeleccionistas, Vasconcelos aceptó, por primera vez, su disponibilidad a asumir el reto. Acaso iluso pero nunca ingenuo, Vasconcelos era consciente de que esa lucha estaba condenada irremediabilmente a la derrota. Sin embargo, su verdadero objetivo era que la derrota le sirviera como bandera y “expediente jurídico” que justificara un proceso “de purificación por la violencia”.

²¹ Cartas de Vasconcelos a Gómez Morín, 27 de enero y 2 de febrero de 1927.

²² El legendario ensayo *1915* fue publicado originalmente en 1927 por Editorial Cultura. Actualmente se puede consultar en una reedición de 1973 de Editorial Jus, con el título *1915 y otros ensayos*. También se encuentra en una antología de escritos de Gómez Morín preparada por Carlos Castillo Peraza y publicada en 1994 por el FCE con el título de *Manuel Gómez Morín: constructor de instituciones*.

²³ Carta de Vasconcelos a Gómez Morín, 2 de febrero de 1927.

²⁴ Carta de Vasconcelos a Gómez Morín, 24 de abril. Carta de éste a aquél, 3 de mayo de 1927.



A pesar de que Vasconcelos había asegurado estar dispuesto a organizar una revolución en caso de que resultaran postulados candidatos “criminales”, como Arnulfo R. Gómez o Francisco Serrano, o de que el proceso beneficiara a la “pandilla” sonorenses,²⁵ lo cierto es que permaneció en el exilio hasta finales de 1928, mucho tiempo después de que hubieran muerto, violentamente, Serrano, Gómez y el propio Obregón, y después también de que el presidente Calles prometiera una nueva campaña electoral justa y pacífica. Vasconcelos regresó a encabezar una lucha electoral. Sin embargo, ello no aminoró las diferencias políticas que tenía con Gómez Morín, diferencias que ahora se concentrarían en el tipo de campaña que aquél desarrolló.

El Sancho Panza chihuahuense

La segunda mitad de 1928, periodo que va de la muerte de Obregón al llamado de Calles a que el país transitara de la época de los caudillos a la de las instituciones, fue de in-

definición y de angustias. Se sabía que tendría que haber un presidente provisional que convocaría a nuevas elecciones generales, pero había dudas e incertidumbres sobre quién sería ese presidente y quiénes los nuevos candidatos y sobre cómo serían las nuevas elecciones, pues si el país no podía permitirse otro proceso como el de 1927 y 1928, tampoco había condiciones que garantizaran unas elecciones justas y legales.

Muertos Gómez y Serrano, los antirreeleccionistas vieron reducidas, aunque depuradas, sus opciones. Su candidato tendría que ser un civil, con lo que crecieron las posibilidades de Vasconcelos, quien se aprestó a volver al país, como lo anunció a sus amigos y seguidores, Gómez Morín entre ellos. Sin embargo, el aviso vino mezclado con violentos augurios: regresaría al país “con candidatura o sin ella ... si se trata de pegar de verdad”; la posibilidad de la lucha armada, amenazó Vasconcelos, no había desaparecido con la muerte de Obregón.

Alarmado por la postura del maestro, Gómez Morín quiso convencerlo de que pospusiera su vuelta al país, el que estaba convertido en un “río revuelto” donde la pesca era

la “mañosa defensa” de los intereses creados, sin “ningún empeño claro, nuevo, limpio”. Exasperado, Vasconcelos le contestó que no era hombre de “esperas y prudencias”.²⁶ No sólo los distinguía el temperamento, sino también el valor que atribuían a las organizaciones y los procedimientos políticos. A pesar de que ya había muerto Obregón, Vasconcelos insistía en asumir, por derecho propio, la candidatura del Partido Nacional Antirreeleccionista creado en 1910 por Madero. En cambio, Gómez Morín se dio cuenta de que el antirreeleccionismo resultaba un argumento anacrónico e insuficiente. Por lo tanto, antes que afiliarse a dicho partido y apoyar sin restricciones a Vasconcelos, intentó organizar otro nuevo, de programa “concreto, sincero y realizable”, ajeno a toda retórica y a cualquier personalismo. Sus mayores obstáculos serían la escasez de recursos, el miedo y la desconfianza de la gente, así como sus excluyentes pretensiones de crear tal partido sólo con gente que hubiera vivido “al margen de la política” o que, pese a haber interve-

²⁵ *Ibid.*, 24 de abril y 27 de mayo de 1927.

²⁶ Carta de Gómez Morín a Vasconcelos, 28 de agosto. Carta de Vasconcelos a Gómez Morín, 4 de septiembre de 1928.

nido en ella, se hubieran retirado “limpios de sangre y de robo”, reservas que lo condenaban a asociarse con inexpertos, ingenuos y derrotados.²⁷

Otra diferencia esencial entre ambos era su actitud ante el poder. Al tiempo que Vasconcelos iniciaba su campaña electoral, Gómez Morín creía que “ganar el poder y llevar a él un hombre, así sea el mejor”, eran asuntos menores si se los comparaba con “levantar el espíritu del pueblo” mediante una organización que contara con un programa capaz de conjugar el “alto y lejano ideal” con los propósitos “desde luego realizables”. Gómez Morín partía, para su diagnóstico y su propuesta, de tres principios básicos: “no fincar en un hombre, por grande que sea, la suerte del país”; definir y perseguir sin pausa un “programa de acción claro y justo”; no ambicionar el triunfo inmediato, pues “el verdadero triunfo no es el éxito sino la lucha”. Consciente de los límites y obstáculos, Gómez Morín sabía que el compromiso de ese momento era lanzar “la semilla”, la que “un día rendirá el esperado fruto”.²⁸

El valor de Gómez Morín llegó al grado de solicitar a Vasconcelos que se sumara a dichos afanes organizativos y desatendiera las sugerencias de los “apresurados” y los personalistas, pues urgía contar con “voces escuchadas y respetadas”.²⁹ La respuesta de Vasconcelos fue un regaño inclemente: dijo desestimar las “opiniones incoloras y los proyectos de organizaciones que de antemano se someten al curso de los acontecimientos”, puesto que lo que se necesitaba era, en cambio, “crear los acontecimientos”. Dijo también ser contrario a grupos “anodinos” y previsiblemente “transaccionistas”, que invocaban la “excusa hipócrita del impersonalismo y de que los hombres no cuentan, teoría que conduce a caer y seguir con los peores”. El reclamo de Vasconcelos incluía sus actividades y labores previas: no sólo lo acusó de “callista” sino que, generalizando la crítica a todo su grupo, les reclamó haber permanecido “mudos delante de la intriga y la traición reeleccionista”. Para evitar que volvieran a incurrir en



“indecisiones”, les recomendó apoyarlo “con franqueza, decisión y prontitud”, ya que “no estamos en ningún ensayo de democracia sino para salvar al país de una época de ruina como quizás no hemos tenido otra”. Con ánimo moralista los instó a actuar “libres de pequeños escrúpulos, pero muy armados de grandes escrúpulos”.³⁰

Gómez Morín no se arredró por la irónica y cruel filípica. Eran dos diagnósticos diametralmente opuestos de la situación nacional, así como dos propuestas de solución no sólo distantes sino fatal e inevitablemente encontradas. Asumir una implicaba rechazar y combatir la otra: una se fundamentaba en la acción para la solución inmediata; la otra optaba por una acción pausada y prolongada, destinada a una solución distante pero duradera. La polémica era nítida y fundamental.

Rechazando toda suposición de cobardía, pusilanimidad o tibieza, Gómez Morín reconoció que el momento era de acción. Sin embargo, el desacuerdo estribaba en que

²⁷ Carta de Gómez Morín a Valentín Garfias, 22 de septiembre de 1928, vol. 232, exp. 742. Carta de Gómez Morín a Vasconcelos, 5 de octubre de 1928.

²⁸ Mecanuscrito de cuatro fojas sin título ni fecha, pero en el que se deduce, sin posibilidad de error, el año de 1928 como el de su redacción. Este documento me lo facilitaron las responsables —Angélica Oliver y Alejandra Gómez Morín— de la ordenación de materiales no integrados antes al acervo.

²⁹ Carta de Gómez Morín a Vasconcelos, 5 de octubre de 1928.

³⁰ Carta de Vasconcelos a Gómez Morín, 16 de octubre de 1928.

mientras uno pensaba que el tipo de acción conveniente era "levantar una bandera", el otro sostenía que lo era formar "un grupo" unido por un programa "claro" y "firme"; mientras que uno pretendía crear una organización "seriamente establecida", el otro deseaba un movimiento motivado por "un entusiasmo". Sobre todo, Gómez Morín aprovechó la ocasión para hacer una advertencia grave a Vasconcelos: jugar el "destino" de un grupo en una contienda electoral en condiciones desventajosas era un "albur indebido por temerario". El riesgo era terrible, pues sacrificar un grupo metido "precipitadamente" en una lucha desigual implicaba no sólo el sacrificio del ideal que los motivaba al acto heroico, "sino el sacrificio de la posibilidad misma" de que el ideal triunfara. Anticipó, premonitoria y lúgubremente, que un movimiento de tal naturaleza sólo podía dejar como legado "un prestigio"; en otras palabras, un mito o una leyenda. En cambio, sería una "gran labor" construir "firmemente" una organización, pues lo que de veras necesitaba el país era "lograr integrar un grupo, lo más selecto posible, en condiciones de perdurabilidad".

Seguramente Vasconcelos consideró un desacato que el joven Gómez Morín le solicitara "adoptar otro camino"; gran enojo debe haberle provocado al inflamable Vasconcelos su afirmación de que el país requería una organización política y la difusión de "ideas esenciales" antes "que un cambio transitorio de hombres". La propuesta alternativa de Gómez Morín era posponer la lucha electoral hasta que se contara con una fuerza suficientemente organizada, "para que la lucha no resulte estéril y no se convierta en un puro e inapreciado sacrificio".³¹

Gómez Morín intuyó que sus recomendaciones y su actitud parecerían "sanchopancescas". En efecto, conminaba al Quijote oaxaqueño a ser eficiente y sensato, a reconocer sus posibilidades reales y a ajustarse a la situación del momento, dominada ya por un ambiente de menor confrontación, luego de los violentos acontecimientos de los meses previos, y dominada también por un afán constructivo e institucional, luego de la propuesta de Calles.³² Gómez Morín sabía lo poco atractiva que resultaba su postura "sanchopancesca", pues carecía del fulgor del heroísmo. Sin embargo, como se había

lamentado Gabriela Mistral,³³ de haber hecho caso a su ex colaborador el maestro no hubiera salido de su empresa "triste y lleno de rasgaduras".

Arrebato contra sensatez

A pesar de las advertencias, Vasconcelos continuó con su campaña; a pesar de sus reservas, Gómez Morín colaboró en ella. ¿Cuál fue el motivo que lo movió a apoyarlo? ¿Lo fue su lealtad al admirado jefe y maestro? ¿O el "arrastre" que éste tenía con sus viejos discípulos?³⁴ ¿Lo fue el darse cuenta de que no había otra posibilidad real en el escenario político del momento, una vez fracasada la creación de su anhelado partido político, lo que le produjo "una profunda desilusión"? Según Gómez Morín, actuó en tal campaña porque, a pesar de disentir respecto al objetivo y los procedimientos, consideró necesario asumir "una actitud reprobatoria de los actos callistas". Sin embargo, el propio Gómez Morín definió su participación, con ambigüedad, como "modesta pero muy ardiente".³⁵

¿Cómo fue, en realidad, su participación? ¿Puede actuarse, simultáneamente, de forma "modesta" y "ardiente"? Para colmo, otros militantes consideraron su actuación como "ambivalente" y poco comprometida; hubo quien sólo lo considerara como un "simpatizante" que nunca hizo pública su adhesión a la lucha; según el propio Vasconcelos, Gómez Morín actuó "con demasiada cautela".³⁶ De manera significativa, el propio Gómez Morín coincidió con sus detractores, pues aceptó haber participado poco en asambleas, mítines y manifestaciones; además de haber intentado que el embajador estadounidense Dwight Morrow cumpliera con la obligada neutralidad en el conflicto electoral,³⁷ tan sólo destacó como recaudador de fondos para la campaña.

Algunos atribuyeron su tibieza a sus ligas con el gobierno. En rigor, no es razonable exigirle mayor compromiso con un movimiento al que ponía tantos reparos. Recuérdese que Gómez Morín rechazaba que se jugara todo "a una sola carta", en especial cuando las cartas estaban "marcadas por juga-

³¹ Carta de Gómez Morín a Vasconcelos, 3 de noviembre de 1928. Este documento fundamental de la historia política reciente del país fue reproducido en Krauze, *op. cit.*, pp. 273-278, y en la antología de escritos de Gómez Morín elaborada por Carlos Castillo Peraza, pp. 126-131.

³² Según el experto en el movimiento vasconcelista, Gómez Morín "al principio reaccionó con entusiasmo ante la promesa por parte de Calles de elecciones libres y empezó a planear otro partido político en septiembre de 1928". Cfr. John Skirius, *José Vasconcelos y la cruzada de 1929*, Siglo XXI, México, 1982, p. 65.

³³ Carta de Gabriela Mistral a Gómez Morín, [1928 o 1929], vol. 583, exp. 1913.

³⁴ Eduardo Villaseñor a Gómez Morín, 15 de mayo de 1929, vol. 298, exp. 1031.

³⁵ Skirius, *op. cit.*, pp. 65-66.

³⁶ *Ibid.*, pp. 101, 204 y 205.

³⁷ Carta de Gómez Morín a Edward G. Lowy, 17 de octubre de 1933, vol. 253, exp. 837. Significativamente, de manera simultánea a la campaña, entre 1928 y 1929 Vasconcelos terminó de escribir y revisar su voluminosa *Metafísica*, libro que fue editado entonces por Gómez Morín.

dores expertos en fulleras"; que le preocupaba que la campaña descansara en el personalismo y el voluntarismo, ambos difíciles de sostener y fáciles de atacar, y que se confiara en que las adhesiones espontáneas serían definitivas a pesar de que no se construyeran articulaciones y "cuadros" que dieran solidez al movimiento. Más le preocupó que Vasconcelos amenazara con organizar una rebelión como la de 1910 si no



se le reconocía el triunfo en los comicios cuando varias condiciones "hacían imposible" una lucha como la maderista.³⁸

Además, Gómez Morín deseaba a un Vasconcelos que, en lugar de amenazar con la rebelión, estuviera dispuesto a digerir la derrota, "soportar el atropello" y "mantener vivo el Partido", para poder contender electoralmente en las oportunidades que volvieran a presentarse. Sobre todo, Gómez Morín planteaba la necesidad de que la previsible derrota provocara no "la desorganización desilusionada" sino "el pesimismo alegre", generador de voluntades fortalecidas y depuradas.³⁹ El diagnóstico político de Vasconcelos resultó inapro-

piado y obtuso. Para él, crear una organización partidista era "la tesis de Morrow", y reconocer la derrota para poder contender posteriormente en mejores condiciones era prestarse a una "comedia" política que sólo consolidaría al callismo.⁴⁰

Ante tales diferencias, el rompimiento entre ambos se hizo inminente. Vencido electoralmente, y sin la movilización armada que sus entusiastas militantes le habían prometido, Vasconcelos tuvo que exiliarse otra vez. Su alejamiento duró diez años, salpicados por fuertes reclamos mutuos, agresiones unilaterales y una tibia y tardía reconciliación epistolar. Vasconcelos regresó al país a principios del decenio de los cuarentas, para encontrarse con que Gómez Morín había logrado, después de diez años de esfuerzos y esperas, crear su anhelada organización permanente de oposición. Coherente también con su postura, Vasconcelos permaneció al margen de dicho esfuerzo.

Rechazo cualquier posibilidad de especular sobre las consecuencias de una hipotética colaboración. Sus diferencias eran irresolubles. Sin embargo, éstas no impiden reconocer varias afinidades profundas. Cierto es que Vasconcelos no convence pero subyuga, y que Gómez Morín ilumina pero no seduce. Cierto es que uno tenía actitudes de profeta mientras que el otro las tenía de apóstol. Además, si Vasconcelos era dominado por la amargura y el desencanto, Gómez Morín era un optimista, pero sin llegar a ser iluso. Por último, a pesar de ser un hombre profundamente racional, Gómez Morín también tenía una enorme dosis de carisma; asimismo, si bien Vasconcelos era un hombre en ebullición constante, también tenía dotes organizativas, como lo prueban los logros alcanzados en su inigualada labor como secretario de Educación Pública. Sin duda alguna, su afinidad más profunda estaba en lo atinado y justo de sus banderas y objetivos. Ambos deseaban un país democrático dominado por el espíritu; esto es, rico en cultura y a la vanguardia en educación. Hoy, varios decenios después, al iniciar un nuevo siglo, el reclamo por mayor democracia y mejor educación sigue vigente. La mejor manera de satisfacer ambas aspiraciones es buscarlas apasionadamente, como enseñaba Vasconcelos, pero haciéndolo de manera sobria, persistente y ordenada, como prescribía Gómez Morín. Su legado es un enorme reto: convertimos los mexicanos en seres apasionadamente vasconcelianos y racionalistamente gomezmorinianos. ♦

³⁸ Carta de Gómez Morín a Salvador Azuela, 26 de julio de 1933, sección personal/correspondencia particular A. James Wilkie y Edna Monzón, *Entrevistas con Manuel Gómez Morín*, Jus, México, 1978, pp. 27-28.

³⁹ Carta de Gómez Morín a Garfías, 6 de mayo de 1929, vol. 232, exp. 742. Gómez Morín a Azuela, 26 de julio de 1933, sección personal/correspondencia particular A.

⁴⁰ Taracena, *La verdadera Revolución mexicana. Decimoquinta etapa*, Jus, México, 1963, p. 269.